

# Cicatrices



Javier Lozano

El tren atravesaba renqueante la interminable meseta. A ambos lados, hasta donde alcanzaba la vista, campos de trigo ya segado en los que solo quedaba algún resto de paja, como la barba de varios días de un gigante rubio. La llanura era inmensa, áspera, desolada: agostadas tierras de labor, coronadas de pequeños cerros salpicados del verde oscuro de encinas raquílicas. Hacía calor y el cielo era de un azul intenso, pero algo en el aire, tal vez la luz más oblicua del sol, anunciaba el fin del verano.

El adolescente miraba por la ventanilla sin ver nada, cautivo de su tormenta interior, encerrado en sí mismo. Absorto en el traqueteo del tren. El ruido metálico machacaba obsesivamente en su cabeza una única palabra: Men-chu, Men-chu, Men-chu, Men-chu, Men-chu... Dos sílabas que resumían su universo.

Era el final, todo había acabado. Cada segundo, cada metro que avanzaba, le alejaba más y más de ella. No había sabido detener el paso de los días, congelarlos para seguir eternamente a su lado. El término del verano, un cuchillo que rasgaba inexorable cualquier esperanza. Así lo sentía él, al menos.

Le aguardaba un pavoroso desierto, un inmenso vacío en el que empezaba ya a ahogarse. Regresar a

casa, retomar su vida cotidiana: sus padres, la hermana mayor, el colegio, los amigos de siempre... Todas las personas, lugares y circunstancias que de niño habían significado tanto para él, y que ahora, sin embargo, le parecían faltas de sustancia, pellejos vacíos en los que no palpitaba la vida. Y es que ahora solo existía ella. Y sin ella... No sería capaz de soportarlo, todo un año por delante chapoteando en su ausencia, no tendría fuerzas suficientes para alcanzar la orilla. Si pudiera elegir el olvido... Pero eso no estaba en sus manos. Pensó que su amor era como una cicatriz grabada en la piedra, sobre una materia tan dura que resistiría imperturbable el paso del tiempo. Una marca definitiva.

El día anterior, ella le había despedido con una sonrisa: *hasta el año que viene, te esperamos.*

El adolescente apoyó la cabeza contra el cristal de la ventana. Estaba fresco y le proporcionó un leve consuelo. Le esperaba. Llegaría, quizás, otro verano.

Menchu. Cicatrices en la piedra.

## Otoño

Se iban acortando los días y la luz del sol se volvía más amarilla. Al adolescente le faltaba el aire, nada le saciaba, le parecía que su vida se hubiera pasado al blanco y negro.

Sus padres se empeñaban en entrometerse en su vida. Nunca le habían entendido, pero ahora se iba abriendo frente a ellos un abismo cada vez más profundo.

La hermana mayor lo miraba y le dirigía sonrisitas irónicas con un insultante aire de superioridad. ¡Esa boba presumida! ¡Qué sabría ella! No iba a contarle su secreto aunque tuviera que empujarlo hacia dentro, porque sentía que se desbordaba y que si no lo hacía así quedaría expuesto a la vista de cualquiera.

Vivía sonámbulo, preso de la nostalgia del verano perdido, herido de melancolía. Pensaba en Menchu las veinticuatro horas del día. No había noche en que no soñara con ella. Sueños agitados de los que se despertaba con una lacerante sensación de pérdida.

Pasaba las horas muertas encerrado en su cuarto, oyendo música, pensando. No tenía ganas de salir. Las conversaciones con sus amigos le aburrían. Como no contestaba a sus mensajes, fueron poco a poco dejando de contar con él.

Cuando, al final de la primera evaluación, tan solo consiguió aprobar con apuros materias en las que antes era brillante, su padre torció el gesto:

- No sé qué te pasa, pero esto no puede seguir así.

No respondió. No reunió fuerzas para hablar. ¿Cómo explicar esa cicatriz indeleble grabada sobre la piedra? ¿Quién sería capaz de entenderlo?

## Invierno

Durante varias semanas una llovizna helada se adueñó de la ciudad. El adolescente era prisionero de un humor hosco, como si le acompañase una niebla espesa. Apenas hablaba y, cuando le preguntaban, respondía con un gruñido.

Ciertos días, la imagen de Menchu se difuminaba, se le escurría, le resultaba difícil recordar los rasgos exactos de su rostro, las curvas de su cuerpo.

No entendía nada. ¿Empezaba a olvidarla? ¿Y, si era así, por qué no se sentía mejor?

Eran días muertos, la rutina de ir y volver del colegio, hacer de mala gana las labores escolares, encerrarse a oír música, una música que se iba volviendo cada vez más triste y obsesiva. Le costaba concentrarse en cualquier cosa. Pretendía revivir el recuerdo de su amada y no era capaz de conseguir un dibujo nítido.

Y, sin embargo, estallaba en su mente en los momentos más inoportunos, en mitad de una comida familiar, de la clase de matemáticas o mientras se enfrentaba a un examen. Una imagen difuminada, borrosa, que paradójicamente abrasaba sus vísceras con un fuego más intenso que nunca. Nada le servía de consuelo, pensó que, aunque persiguiera fantasmas, jamás podría librarse de esa cicatriz en la piedra.

## Primavera

Sin que casi se diera cuenta, a medida que iba quedando atrás el invierno, la sangre volvió a circular por sus venas. Algo se descongelaba en su interior, como si despertara de un largo sueño. Le dominaba una sensación confusa que le empujaba no sabía muy bien hacia dónde, pero que le obligaba a salir de su madriguera y lanzarse a la calle.

Algunas mañanas de sol, cuando caminaba hacía el colegio, le invadía una sorprendente sensación de plenitud. A esas horas de la mañana, el aire era aún fresco. Le poseía un soplo de ligereza, la promesa de poder rozar con la punta de los dedos un universo desconocido.

Sus amigos de siempre le vieron regresar sin sorpresa. Eran los tiempos de un nuevo comienzo.

Trazaban los planes más extravagantes, como si intentasen alcanzar lo inesperado al doblar cualquier esquina. Pero, rodeado de compañeros, embriagado de luz, colores, música y esperanzas inciertas, no podía evitar que Menchu volviera a su cerebro. Entonces bebía sin tasa, aunque solo conseguía que el recuerdo se hiciera más rotundo y un dolor agudo le penetrase hasta el hueso.

Tal vez sea cierto que abril es el mes más cruel, porque con la llegada de mayo comenzaron a cambiar sus sensaciones. Era un náufrago que alcanzaba la orilla, estaba llegando a puerto.

## **Verano, al fin**

Salvó el curso por los pelos, pero aprobar todas las asignaturas le dio vía libre para volver al pueblo de veraneo.

Llegó de noche y apenas pudo pegar ojo. Pasó la mañana espiando los movimientos de la plaza tras los visillos de la sala en busca de alguna señal de su amada, pero fue en vano. Tuvo que esperar a que, mitigado el ardor del sol, llegara la hora del paseo vespertino, el momento en que todo el pueblo se echaba a la calle.

Ahora sí, seguro que volvería a verla. Se pasó una hora delante del espejo, vistió sus mejores galas, ensayó una y otra vez hasta que consideró que sus gestos eran perfectos. Estaba preparado, había llegado el momento.

La vio cruzar la plaza, sus ojos grises, sus rizos rubios, una sonrisa iluminando su rostro. Menchu.

Se cruzó con ella, pasó a un metro escaso de distancia, pero nada le obligó a girar la cabeza y siguió hacia adelante imperturbable.

Así que esto era el amor, pensó sorprendido el adolescente, cicatrices en el agua.